

14 mayo, 2014

¿Dejar de trabajar? Pensalo dos veces



En la Argentina, son cada vez más las mujeres que hacen una pausa en su carrera laboral cuando se casan o son madres. De hecho, el 13,3% de las madres con estudios universitarios o terciarios completos no participan del mercado de trabajo. ¿Qué sucede cuando después de un tiempo queremos volver a trabajar? El alto costo de una decisión que quizá debería pensarse mejor. Por Isabel Martínez de Campos.

Durante 2003, un artículo de la revista de *The New York Times* titulado “La revolución *opt-out*” revelaba cómo mujeres graduadas en Berkeley, Harvard o Princeton y con carreras

prodigiosas decidían con seguridad “ejecutiva” dejar sus maravillosos puestos para volcarse al hogar. Hace unos meses –una década después–, la periodista Judith Warner volvió a entrevistar a esas mujeres para averiguar cómo les había ido en su elección. El resultado de su investigación se vio reflejado en una nota de tapa en la revista de *The New York Times*, esta vez con el título “La generación *opt-out* quiere volver al trabajo”. Allí Warner cuenta cómo las madres *opt-out* (que decidieron hacer una pausa en su vida laboral) no están demasiado bien. Una de ellas había abandonado un trabajo de quinientos mil dólares anuales en Oracle para quedarse junto a sus hijos en una enorme mansión. Hoy está divorciada, vive en una casa precaria y gana el veinte por ciento de lo que alguna vez ganó.

Algunas mujeres se dan cuenta después del divorcio o la viudez, cuando de la noche a la mañana tienen que salir a buscar trabajo y les resulta difícil. Otras toman conciencia poco a poco; empiezan a sentir que su vida está muy vacía, que con ser ama de casa y punto no les alcanza, o les surge la pregunta de por qué dejaron sus diplomas en un cajón o interrumpieron sus flamantes carreras a mitad de camino. En la Argentina las estadísticas son llamativas: según el Observatorio de la Maternidad, el 13,3% de las madres con estudios universitarios o terciarios completos no participan del mercado de trabajo. Son muchas las que abandonan sus carreras, en particular cuando son mamás: el 20,5% de las mujeres jefas de hogar o cónyuges sin hijos están inactivas o fuera del mundo laboral, porcentaje que alcanza el 39,4% cuando son madres. En paralelo, son cada vez más las mujeres que, luego de una pausa en sus vidas laborales, se ven obligadas a ganarse un puesto en el mercado de trabajo o desean hacerlo. Esto les ocurre de la noche a la mañana y a edades poco requeridas por el mercado, en general entre 35 a 55 años, por lo que resulta difícil reinsertarse. Según Carina Lupica, directora ejecutiva del Observatorio para la Maternidad: “Estas mujeres padecen serias dificultades para acceder al mercado de trabajo y cuando lo consiguen se trata de empleos de mala calidad”. Además, las mujeres en edad madura enfrentan grandes barreras al momento de buscar reinsertarse. “Al fin y al cabo, el 80% de las ofertas de empleo son, de acuerdo con estadísticas del portal de empleos Zona Jobs, para gente de hasta 30 años”, dice María Amelia Videla, directora de Sustentabilidad y Asuntos Públicos de ManpowerGroup Argentina. En este contexto es inevitable preguntarnos cuál es el costo que estamos pagando por esta “pequeña” pausa de algunos años. ¿Realmente deseamos dejar de lado nuestra autonomía y nuestras carreras, o estamos comprando un modelo sin considerar sus consecuencias?

Carina Lupica explica: “No solo es recomendable sino necesario que las mujeres participen del mercado de trabajo. La inactividad laboral para las mujeres representa una situación de vulnerabilidad social aun cuando no vivan en hogares pobres. Y esto es porque cualquier imprevisto familiar –separación, accidente o muerte del cónyuge– o social –incremento en las tasas de desempleo o de la inflación– puede provocar la disminución de los ingresos familiares. Y ellas necesitan estar preparadas para poder afrontar la responsabilidad de sostener económicamente sus hogares”.

Pero no solo eso; a veces compramos modelos que, aunque no nos demos cuenta, no nos benefician. Todavía existen en nuestro país varones que se sienten más exitosos e importantes si mantienen económicamente a sus mujeres, así como mujeres que se enorgullecen con este formato. ¿Pero nos nutre ir de acá para allá llevando y trayendo chicos al colegio o pasarnos el día hablando de si en el verano nos vamos a tal o cual lado

de vacaciones? ¿Vale la pena quedarnos preparando la comida de la noche mientras en casa hace falta otro ingreso para que todos estemos tranquilos? ¿Nos resulta interesante pasar cada uno de nuestros días atendiendo a otros a costa de nuestro propio crecimiento? ¿Somos conscientes de que, a la larga, esto tiene sus consecuencias, que no son graves pero que, en definitiva, minan nuestra autonomía? Por otra parte, ¿es justo cargar a nuestros maridos con toda la responsabilidad de que sean el único proveedor del hogar?

La investigación realizada por Judith Warner para la revista de *The New York Times* muestra cómo cada una de las entrevistadas, todas ellas altas ejecutivas que dejaron sus trabajos a principios del año 2000, fue sintiendo, a medida que pasaba el tiempo y se instalaba en la vida de hogar, que su matrimonio cambiaba de dinámica, que al elegir los roles tradicionales iban perdiendo autoestima, comunicación de igual a igual con los maridos y, sobre todo, contacto con la realidad. Esta falta de ponerse al día se veía reflejada, por ejemplo, en la tecnología. Una ilustradora que en aquellos años usaba el aerógrafo hoy tiene que aprender un programa de computación para hacer el mismo trabajo.

Volver a empezar

Los chicos crecen, a veces los matrimonios fracasan, pero nosotras quedamos. Hoy más que nunca, los expertos aseguran que el ámbito laboral es un espacio de autonomía y salud. “Muchas mujeres al retornar al trabajo ‘se despiertan’, empiezan a concretar sueños y proyectos. El ámbito laboral representa un refugio de salud, un espacio libre de problemas en el que se vuelca la energía, la creatividad. Constituye una oportunidad de recuperar la estima, la sensación de logro y autoeficacia. Además, posibilita vincularse con compañeros de trabajo y colegas, sobre todo en los casos en que se haya permanecido mucho tiempo en el hogar dedicándose al cuidado de los hijos y la casa”, dice Cecilia Rodríguez Casey, consultora y experta en recursos humanos.

Para ella, a la hora de retornar el mundo laboral, es fundamental reconectarse con una misma, hacer una evaluación objetiva de nuestras posibilidades, buscar apoyo social y contactos que faciliten la búsqueda. Existen en el mercado una infinidad de cursos que ayudan a potenciar nuestros talentos y a ponerse al día con la tecnología. Si bien es difícil reinsertarse en el mercado, las empresas están empezando poco a poco a tomar conciencia de que la gente madura valora el empleo que tiene y lo asume con gran responsabilidad. “Hoy en día vemos una gran inestabilidad laboral en los currículums de los estudiantes o profesionales más jóvenes. Son muchos los que ‘prueban un par de meses’ y renuncian ante la primera dificultad, ya que al convivir con los padres o no tener una familia a cargo, sienten que no hay mucho que perder. La necesidad económica, el deseo de trabajar y los gastos que implica mantener hijos garantiza bastante el compromiso y la estabilidad en estas mujeres de más de 35 años que vuelven al mercado laboral. Por otro lado, la madurez que otorga haber enfrentado situaciones personales complejas brinda también capacidad cognitiva e interpersonal para afrontar problemas laborales y profesionales con flexibilidad y eficacia. Todas estas competencias son altamente valoradas y requeridas en un mercado laboral tan cambiante y exigente como el actual”, concluye.

Julia Paredes (48 años, divorciada, dos hijos)

“A mis hijas les digo: nunca dejen de trabajar”

Hace veintidós años, me casé con un hombre con una posición económica sólida. Más allá de esas circunstancias, estaba feliz con mi puesto de jefa de Marketing en una empresa de cosméticos. Me gustaba ser independiente y crecer en mi carrera. El tiempo pasó, tuvimos dos hijos, y con el segundo sentí que no podía seguir adelante con las exigencias de la maternidad y mi trabajo. Con dolor, renuncié y me dediqué a ser madre. Poco a poco, empecé a tener una vida más tranquila, sin tanta acción y con el ritmo propio de los temas de la maternidad. Recuerdo que la relación con mi marido fue cambiando. Teníamos menos temas de conversación y empecé a sentirme como menos querida y respetada. Mi vida era llevar a los chicos al colegio, ir al supermercado, almorzar con amigas y leer libros. Con el tiempo –no se todavía cuanto influyó mi falta de trabajo–, sentí que con mi marido teníamos menos cosas en común, que no conectábamos de la misma forma. En nuestro pasado nos había unido mucho el tema laboral, el contarle de mis proyectos o nuevas ideas. Nos pasábamos horas hablando de nuestros trabajos, de noticias del diario y hasta de nosotros. Pero esa magia había desaparecido. Creo que tampoco me sentía plena con mi vida. Poco a poco, me fui dando cuenta de que quería cambiar, quería reinsertarme en el mundo laboral. Después de mucho remarla, estoy trabajando como jefa de Marketing en una empresa alimenticia. Pero me costó mucho volver al mercado. Mirando para atrás, no paro de pensar que a veces las mujeres seguimos dejando todo por nuestras familias, por un hombre, por otros, y nos olvidamos de nosotras mismas. Si tuviera que aconsejar a mis hijas, les diría que nunca dejen de trabajar, que construyan su vida económica como si estuvieran solas, que no sean un apéndice de otro ni posterguen lo propio. Las mujeres tenemos que decir basta a esa costumbre de creer que siempre alguien nos va a rescatar. En pleno siglo XXI nos seguimos engañando. La vida es nuestra, los chicos crecen, los maridos hoy están y mañana quizá no. Solo nosotras construimos nuestro porvenir.

Elba Troncoso (35 años, divorciada, tres hijos)

“Celebro haber trabajado siempre”

Hace muchos años que mi marido es taxista. Él siempre me pedía que no trabajara, pero nunca le hice caso, porque en casa vivíamos con lo justo y a veces ni alcanzaba. Recuerdo que no bien nació mi primera hija pensé: “¿Le hago caso o no? ¿Dejo de trabajar?”. Y ahí nomás algo me iluminó y me dije: “No sé cuanto tiempo voy a estar con este hombre. Ojalá que toda la vida. Pero si me separo, ¿cómo voy a hacer para vivir? ¿Cómo va ha hacer mi marido para mantener dos casas?”. Gracias a Dios, fui racional y seguí con mi trabajo de maestra en una escuela primaria y di también clases de apoyo a niños con dificultades. El tiempo me dio la razón. Por esas cosas de la vida, nos separamos, y hoy, gracias a mi trabajo, puedo seguir manteniendo con lo justo a mis chicos. Haber trabajado siempre fue mi pasaporte a la libertad.

Consejos útiles

- Pedir ayuda profesional para recomponer la autoestima y el estado anímico.
- Asesorarse con una experta en recursos humanos para que nos ayude a encontrar nuestras fortalezas profesionales y a armar un buen currículum.
- Buscar cursos que potencien nuestras capacidades, por ejemplo, de nuevas tecnologías.
- Potenciar nuestra red de contactos, apoyarse en los portales *on-line* de búsqueda de empleos y utilizar las redes sociales para darnos a conocer.